

COLOMBIA ILUSTRADA



PINACOTECA COLOMBIANA

La mujer de la mano alada
por Enrique Grau



*La cruz de la Orden
de San Carlos concedida
al Presidente de Coltejer
por su aporte a la causa
de la cultura colombiana*

*Un pueblo
que no se asoma
a sus fuentes culturales
no conoce su rostro.*

TOMO 1 VOLUMEN 3
Julio a Diciembre de 1970

BONDAD Y PRIMOR DEL MUNDO EN EL JARDIN DE AMIRA DE LA ROSA

Educadora, (discípula de María Montessori), ensayista, dramaturga, (premio nacional de teatro), diplomática y dibujadora en el extranjero de las artes y las letras de su patria, (Agregada y Consejera Cultural de la Embajada de Colombia en España), Amira de la Rosa es, ante todo, una gran poetisa, una insigne prosista con sentido innato del primor que la lleva a detenerse maravillada ante las cosas menores de la naturaleza y con permanente expectativa de ternura que se realiza literariamente en rostros conmovidos, en hojas temblorosas, en nostálgicos perfumes de otras épocas. Azorín, Miró y Juan Ramón Jiménez son quizás los autores que más han influido en su estilo en el que trasciende sutil medio de aromas y matices cromáticos efundida de magnolias de la costa barranquillera entrelazadas con claveles andaluces.

No obstante los años y las tribulaciones, niña sempiterna, se cuenta que en Sevilla, en donde fue Cónsul, su jardinero gitano, despedido por haragán, encontró eficaz ardid para hacerse reintegrar al cargo en el repique-teo jubiloso de una campanita de bronce, a lo largo y a lo ancho del jardín de la casa consular, en la madrugada de un día de primavera. "¿Qué hacer a esta hora, insensato?" le dijo Amira desde su ventana, tras haberse levantado con sobresalto. "Por desperté la flore" contentó con picardía el gitano. Al comprender que aquel hombre había captado la verdad medular de su poesía escrita y vivida, Amira le ordenó: "Vete a acostar sin demora, porque de otra manera no estarás a tiempo para reanudar tu trabajo".

Con la actitud de entregar un ramo de su jardín, Amira dedicó a COLOMBIA ILUSTRADA estas páginas.

TERNURA DE LA HOJA SECA

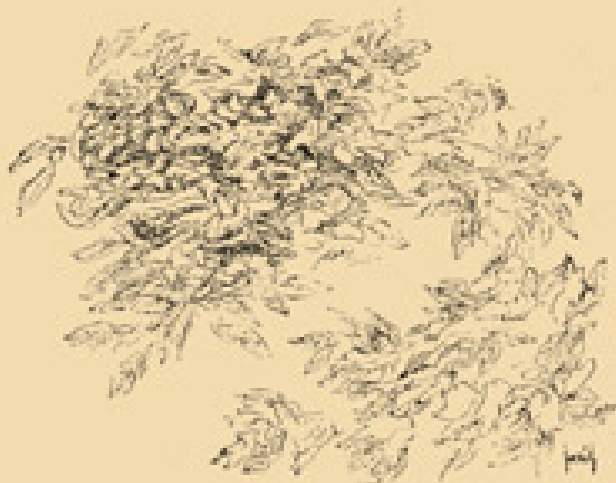
Esa ternura no sé si me la dio la hoja o si yo se la encontré, porque, a veces, cuando uno busca su dicha, suele hallarla.

La hojita iba por la acera, delante de mí, pero ella misteriosa y fascinadora. Me gusta detener el pensamiento y los ojos en las cosas mínimas. Las hago mías porque no es fácil que otro las quiera ni las necesite. Es una hoja de arce real — falso plátano —. Tiene una nervadura maravillosa. Toda una historia de venillas sutiles, caminos intrincados; si quisiéramos pasear por sus veredas nos perderíamos como en un laberinto. Es una hoja sabia, abierta, como una amistad, repartida en veinte o más puntas, diminuta serranía sin holladura y linda andanza ramificada.

Iba por el suelo empujada por un hilito de viento. Procuré no pisarla. Le tenía lástima, pero me pareció que cantaba. Le hablé. Se volvió y mostró su envés casi dorado:

— Empújame un poco, hasta la esquina. Yo cruzaré la calle, voy hasta el parque de aquí cerca.

— ¿Quién te espera?



- Hay muchas hojas allí.
- ¿Secas como tú?
- Yo no estoy seca. Mira mi color melado.

En efecto. Tenía un cierto encendimiento. Es una hoja de las muchas que hay en otoño por el aire y por el suelo.

- ¿Y esa quebradura?
- Me la hice al caer del árbol.
- ¡Pobre!
- No me duele.
- ¿No estás triste? Tu vida se acaba.

— No. Me renuevo en todas las primaveras. Las hojas secas somos la seroja, el mejor abono para las plantas. El jardinero lo sabe y nos aprecia. Somos el nuevo jugo, la savia. Es un proceso ascendente. No sabes la alegría que da, irse con el primer aire tibio, tronco arriba, por un cauce de esperanza y llevar la noticia del retoño. Volveré.

- ¿A qué árbol?

— A cualquiera. Me es igual. Ya lo sabes. No somos fallecederas como el hombre. Una vida es la de todas.

La hojita seguía arrastrándose, activa, diligente. Ya había cumplido. Pero aún llenaba una jornada.

Y sin embargo decimos ignorantes: somos menos que una hoja. Es que una hoja es mucho. En cada una de ellas hay un soplo de relativa eternidad. Son, a su modo, una constancia de la creación. Constancia noble, nobilísima. Nacen, viven y mueren, si es que mueren, con recreo, sin amarulencia. Los árboles son un paisaje escogido, un prodigio perpetuo de la afirmación divina.

Levanté la hoja del suelo. Se recogió cariciosa en el hueco de mi mano como un pichoncito de aroma. No habló más, pero me invadió una paz,

una eutimia, una corriente de ternura tal, que seguí por la vía como en una especie de éxtasis. Hay un grato sentido para hablar con las cosas. Hay entre ellas y el hombre que las entiende una atracción sentimental.

En el parque había un mar amarillo de hojas caídas; un mar sin espejismos azules ni espumas vanidosas. Era una ancha, derramada colmena de mieles rubias. Dejé allí a la hojita. Y me tembló la mano. ¡Claro! Es que la hoja es el latido del árbol.

LA DUNA JOVEN

En principio fuí un puñado de arena. La mano del viento me trajo aquí con ímpetu.

Tengo la conciencia salobre de mi playa marina. Recuerdo conchas, caracolillos vacíos, orejones de espuma, algún pez vivo y el baño lisonjero de un agua verde durante el día, teñida de violeta por la tarde o de naranja, según el placer del sol.



Más y más arena movediza han hecho de mí este montoncillo empinado, esta colina improvisada.

Como estoy cerca de la playa, los niños me traen sus pies húmedos. Alguno vino con una ramita verde, enredada en los dedos, y ahora tengo una orla de hierbas plumosas, quebradizas, que me dan florecillas de trazo inocente.

El buen aire me tiene labrada a gozo. La arena de mi cuerpo es fina y sus dibujos me hacen una volantería amplia y graciosa. Dicen que parezco una mujer sentada.

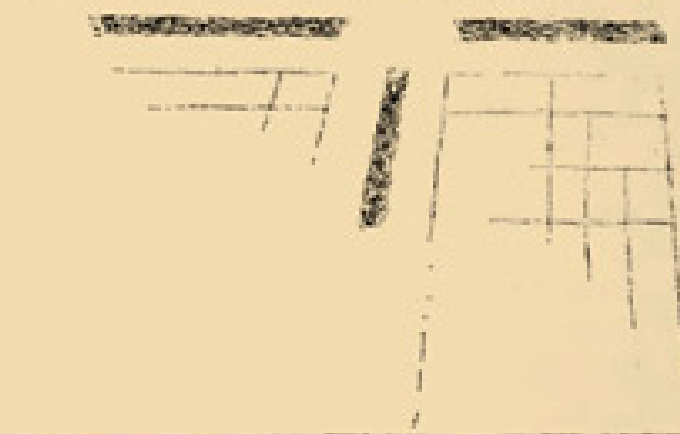
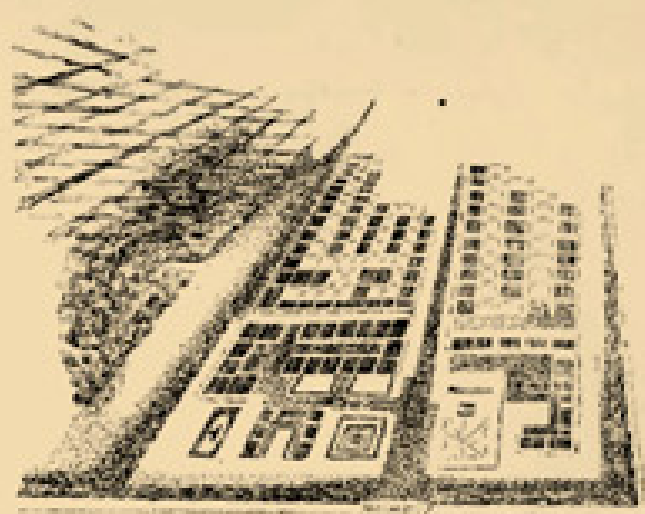
Antes era simplemente arena del mar. Ahora soy una duna joven y bonita. Tengo hermanas mayores y de gran tamaño, pero no las envidio: la devastadora que sepultó la colonia griega de Ampurias, el médano que encerró un pueblo entero en la Bretaña francesa. Aún asoma la aguja de un campanario que esta duna lleva apretado en su entraña. Hay quien dice que se oyen allí campanas cuando el viento arrecea...

La ilusión es buena campanera.

¡Yo sí que tengo en mi crestería campanitas de pájaros!

LA VENTA DEL PUEBLO

Vender un pueblo no es como vender una uca o una casa o una mecedora. Vender un pueblo es algo más. Se vende un pedazo de historia del país, así sea un pueblo mínimo, como el que ahora se ha vendido, de cuarenta habitantes. Se llamaba... ¿para qué? Ya no se llama de ninguna manera. Nunca estuvo en el mapa y, sin embargo, algo se ha borrado en él. A la geografía le hacen falta puntos de apoyo vivos. Eso que no son mares, ni ríos, ni montañas. Le hace falta el hombre que se bañe en el río y que suba cantando por la montaña.



Cuando a una isla se la traga el mar tiene una muerte heroica; pero cuando un pueblo desaparece por consunción como este de ahora, hay una especie de escalofrío colectivo.

Los hechos fueron así. Las casas se iban quedando solas. Hoy una, otra mañana, porque los hombres también, uno a uno, salieron a trabajar a partes distintas. Ganaban más y con menos angustias. En los campos la labor es arriesgada. Si no llueve a tiempo, si llueve a destiempo. Si hay sequía fuerte, se asura la siembra; si cae una granizada se pierde la cosecha, a punto, quizá, de recogerla; troncha las espigas y el hielo penetra

hasta las raíces. Las mujeres tienen corrales pero no hay compradores para los pollos ni para los huevos. El pueblo se mermó. Se quedó raquítico, entumecido. Los habitantes acordaron dejar aquello cuando ya no quedaban más que cinco o seis personas.

Un señor dineroso compró el pueblo. Llevaría tractores, obreros especializados, millones para poner en práctica métodos nuevos de cultivo.

El último vecino se dispuso a salir. Entró en la iglesia, tocó las campanas. Nadie vino al llamado. Las volvió a tocar y respondió el silencio. Bajó del campanario. Se despidió de la Virgencita desteñida, con su coronita de luceros de mentiras y sus ramos de papel, del San Antonio con el niño cargado, del Nazareno que sacaban en las procesiones, de la palma seca de olivo, de la Santa Bárbara — la santa de los truenos —, de las banquetas de madera tosca, del suelo de ladrillo con rajaduras y hundidos. Ya no habría allí más rodillas fervorosas ni más oraciones. Prendió un pedacito de vela que había en el altar del Ángel de la Guarda y se apagó. Le pareció que el Ángel lloraba. Era que tenía cal en las pestañas desde la última vez que enjalbegaron las paredes.

Hacía tiempo que no rezaba, pero aquel "dejarlo todo", aquel silencio, las memorias, su niñez, su boda, le hicieron respirar con ternura: *Padre Nuestro que estás en los cielos...*

Fué al cementerio. También estaba vendido, con sus muertos, como la iglesia, como la escuela, como todo. En el cementerio buscó la tumba de los suyos. No podía salir de allí y daba vueltas y más vueltas. El ciprés. Uno solo. ¡Era tan pequeño el cementerio!

El último vecino tenía que irse, que caminar dos horas para llegar a la estación. Empezó la marcha. Antes de salir dio una mirada a todo, desde lo alto. Aquello era como un desahucio. ¿Para qué se quedó de último? ¿Sonaban las cam-

panas? No. Eran las puertas de las casas vacías empujadas por el viento. Se puede uno quedar sin ropa, sin zapatos, sin comida, pero no sin pueblo. En los ojos tenía la sensación de que le habían arrancado las pestañas. Pisaba fuerte para saber que andaba el camino de la distancia, pero no se sentía las uñas de los pies. Emociones desconocidas del dolor nuevo.

Pasó el río casi seco. También estaba vendido. Era un río pequeñito lleno de piedras y escaso de aguas, pero tenía verdes los herbazales de la orilla.

No quiso volver la cara hacia su campito — le llegó el olor de miel de las flores de las patatas —. Ya no era suyo.

Miró hacia atrás. Aún se veía el ciprés del cementerio.

Y ya sin querer se fueron sus ojos al pedacito de tierra. Sintió estremecimiento y ganas de llorar. Había quedado un pequeño leñame y un trozo sin arar. Vio la vid pampanosa, unos terrones al pie y el cuadrado de judías verdes. Fue como si le hubieran metido un cuchillo en el respiro.

Algo le rozó las piernas y tuvo un espeluzno. Era el perro viejo, inválido, de su finquita. El que no podía caminar. Lo alzó. Lo estrechó en sus brazos y echó a andar con él camino adelante.

Una tarde lucentísima cayó sobre el pueblo vendido.

EL LEVE MILAGRO

Aquel día, en el Templo, el Señor repartió azotes con un látigo y volaron las sillas de los



BANCO DE LA REPUBLICA
BIBLIOTECA LUIS-ANGEL ARANGO
REFERENCIA

cambistas; hubo un gran desorden y desconcierto, huyeron las palomas y los corderos echaron a correr.

• • •

Fue en el mismo día por la tarde. Iba el Señor, con ellos, con los que le querían. Iba en silencio sin apartar la mirada de la ciudad y de sus valles y de sus colinas.

Callaban todos. Y dice la conseja, que, de repente, el menor de los hijos de María Cleofás dio un grito:

— ¡Mi paloma, Señor!

Y el Señor miró la avecilla enredada en un alcaparral, que es esa mata que tiene la fruta ácida.

El muchacho trajo al animal.

Y le hablaba el zagal a la paloma con dulce modo:

— Tienes una torcedura y gimes. ¿Qué hiciste? ¿Por qué no estás en la heredad de mi padre? ¿Quién te trajo de allí? ¿Qué afán tuviste? ¿No hizo agua la acequia? ¿Te pisó las patitas la camella? Has vagado por sobre guijos y por recodos. Llevas olor de cidros en la pluma y arena mojada sobre el buche. Tienes susto y calor.

¿Cómo sabes que es tuya? — preguntó uno de los que iban.

— La marqué en el ala con esta fibra de palmera porque es nueva e hizo pollada por primera vez.

Y agregó para el Señor:

— Miradla. Está dolida, no sabe palabras y parece que quisiera hablar.

El Rabí la tomó en sus manos y habló con ella. Ni una voz ni otra se oyeron. Jesús la dio en el cuerpecillo con la fragancia de su mirada, y ella dijo:

— Soy tripolina. De aquella raza que amaba Salomón. Me robaron los cambistas de la casa de Cleofás, con el pichón mi hijo, y nos amarraron a él y a mí, con un mismo lazo, para la venta en el Templo.

— ¿Cómo es tu hijo?

— Lo mataste de un azotazo cuando subió al aire que no conocía aun. Tu látigo le alcanzó los ijares chiquitos y su carnegita, sin resguardo de pluma hecha, se rajó como un vaso.

¿Era como tú?

— Como el padre, zurita, hubiera sido, Señor; con la pluma azulada y el cuello verde y el pecho morado. Las patas sacó como las mías, pedacitos de coralina calzadas de pluma blanca. ¡Pichoncito mío, muerto de azotes como un villano!

El Señor suspiró, y la cara se le puso conturbada. Acarició al animalito las plumas altas de la diadema y le mostró en el cuenco hondo de la mano el pichón zurita.

El hijo de María Cleofás solamente la vio volar con su tortolillo, camino de las bardas de la heredad. No quiso Jesús que los otros vieran milagro tan leve, y para ellos sólo dijo las palabras que ahora iban sin referencia inmediata ni sentido:

— No siempre han de pagar inocentes por pecadores.

